

ONZA, TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA



JUNIO -- 1942

No. 36

HECHOS HISTÓRICOS

B A R B U L A



A mediados de setiembre de 1813 el Libertador se encontraba en la ciudad de Valencia,



El español Monteverde, había enviado una vanguardia de su ejército hacia el cerro de Bárbula.



Sabedor de ello Bolívar, ordenó a Urdaneta, D'Eluyar y Girardot atacar al enemigo.



Con tres columnas de infantería, los patriotas hicieron frente a los realistas.



A los cuales pusieron en fuga el día 30 de setiembre.



Lamentablemente, Girardot, al clavar la bandera en la cumbre, recibió un balazo en la frente que lo dejó sin vida.

ONZA, TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA

DIRECTOR: RAFAEL RIVERO O.

EDITADA POR LA DIRECCION DE CULTURA DEL MINISTERIO
DE EDUCACION NACIONAL

Talleres de Artes Gráficas de la Escuela Técnica Industrial.

No. 36

CARACAS, JUNIO DE 1942

AÑO 4

S U M A R I O

AMENIDADES GEOGRAFICAS

LAS LAGUNAS DE SANTO DOMINGO 2

HORMIGAS DE NUESTROS BOSQUES

EL BACHACO 4

NUESTROS HOMBRES CELEBRES

ARTURO MICHELENA 6

MITOLOGIA INDIGENA

TIGRE ES TIGRE 8

LOS NIÑOS COLABORAN

EL TORO FANFARRON 11

TEATRO INFANTIL

EN BUSCA DE CASA 12

BAROMETRO QUIMICO 15

LAS LAGUNAS DE SANTO DOMINGO



De un artículo publicado por el Dr. E. P. de Bellard en el Boletín de la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales.

A la altura máxima del páramo de Timotes, 4.221 metros, el mundo de las plantas ha casi desaparecido, y es todo sólo un desierto de roca, en donde el mismo ritmo de la vida parece detenerse ante la majestad del espectáculo. El panorama que se desenvuelve ante la vista es imponente: cadenas sucesivas de montañas, unas tras otras hasta perderse en el horizonte, se alzan majestuosas; allá a lo lejos, las cumbres siempre nevadas de la Sierra de Mérida, y en frente, al otro lado de un estrecho valle, la belleza incomparable de la Sierra Nevada de Santo Domingo, que ostenta una pléyade de picachos de más de cuatro mil quinientos metros de altura: Mucuñuque, Mifés, Caballo y Mucuchachí al Oeste, y los tres picos de Mucubají al Este, formando un anfiteatro que anida en su regazo la preciosa Laguna Negra. Más abajo, la Laguna Grande, o Mifés como la llaman

los indios timotes, de color zafiro, que refleja en la limpidez de sus aguas cristalinas la belleza agreste de la sierra.

Fascinado por este soberbio panorama, en un viaje muy reciente fijé mi campamento en pleno páramo a 3.650 metros de altura, frente por frente a los picachos de Mucubají, y teniendo detrás, muy cerca, la cumbre abrupta de Gavilán.

Las noches eran intensamente frías, de un frío que a esa altura atraviesa todos los abrigos que uno se ponga. La temperatura baja hasta cinco grados bajo cero. Cuando el tiempo está claro, el aire tiene una transparencia y el cielo y las estrellas un brillo indescriptibles. Es soledad sin vida, lejos de los hombres, sin el canto de pájaros nocturnos ni el zumbido de los insectos; el silencio de las noches del páramo es absoluto, y lleno de un misterio que oprime y seduce. Pero cuando se desata la tempestad, cosa frecuente allí, una bruma espesa, impenetrable, lo envuelve todo y borra hasta los objetos cercanos, mientras que una ráfaga tras otra de viento huracanado y glacial amenaza con llevarse al precipicio la tienda de campaña, junto con los exploradores y todos sus accesorios. Estos vendavales vienen acompañados de nevadas más o menos fuertes durante la época de lluvias. El amanecer, siempre bello y claro en los páramos, ahuyenta los temores de la noche y renueva los entusiasmos para visitar los alrededores.

Las lagunas han sido sembradas con truchas americanas que se han desarrollado admirablemente, encontrando en sus aguas claras, libres de enemigos, un medio ideal. Cuando se permita en ellas la pesca se convertirán en el paraíso de los aficionados a este deporte.

Estas lagunas se comunican entre ellas, y los riachuelos vertiginosos que allí nacen constituyen las cabeceras del Río Santo Domingo, afluente del Apure.

La hermosa Laguna Grande o de Mifés, de un azul cobalto cuando el sol brilla, se encuentra al pie del nudo occidental de la sierra y sus orillas onduladas se hallan cubiertas de frailejones y gramíneas. Desde aquí se asciende por un sendero empinado y escabroso, bordeado por numerosas lagunitas hasta llegar, algunos kilómetros más lejos, a la Laguna Negra, enclavada entre las estribaciones de los tres picachos de Mucubají. En el fondo se divisa un torrente espu-

(Pasa a la Pág. 16)



HORMIGAS DE NUESTROS BOSQUES

E L B A C H A C O



Es este un insecto colorado, de cabeza grande y dos fuertes pinzas en la boca, con las que agarra las hojas de las plantas, las cuales destruye para llevar a sus viviendas subterráneas.

Hace excavaciones que parecen canales y en ellas se encuentran infinidad de grandes celdas en donde deposita los hijos en medio de cantidades de cierta materia de origen vegetal llamada *yesca de hormigas*. Esta substancia es apreciada por los indígenas como excelente para estancar la sangre, también, hervida en salitre, la emplean como yesca para encender fuego.

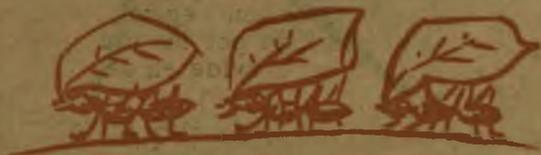
Conos hasta de varios metros de altura forma la tierra sacada de los subterráneos de los bachacos. Estos animalillos miden alrededor de dos centímetros de largo y de ellos hay tres clases de individuos:

machos, hembras y neutros u obreros, al igual que en las abejas y los termes. Viven en sociedades numerosas donde predominan los obreros. Llega una época en que los machos y hembras adquieren alas y salen de sus hormigueros; muchos de ellos mueren en seguida y los que se salvan pierden sus alas. Las hembras, unas se marchan y van a formar nueva colonias y otras son retenidas prisioneras por los obreros de su propio bachaquero, donde ponen sus huevos.

Estos insectos se alimentan de materias animales y vegetales y muchas veces destruyen las ropas que encuentran en las habitaciones. Gustan mucho de sustancias dulces y son la plaga de los jardines y de la agricultura. En una sola noche son capaces de destruir un jardín entero. Los lugares por donde pasan quedan tan trillados como un verdadero camino y los hay de más de veinte centímetros de ancho y de largo muchos centenares de metros. Al entrar el fresco de la noche se les comienza a ver en rojiza fila, atareados en su vaivén y llevando cada uno de ellos un trozo de hoja perfectamente recortado por sus afiladas pinzas y de un tamaño muchas veces mayor que el de sus cuerpos. Estas hojas las emplean como lechos en sus habitaciones subterráneas, pero también las acumulan para que sirvan como medio de cultivo de hongos que sobre ellas se desarrollan y de los cuales parecen gustar mucho.

Los indios de Río Negro comen cierto bachaco de cuerpo muy voluminoso, cuyo abdomen es sumamente grueso y está formado de pura grasa. Los recogen en la época en que, provistos de alas, salen y se esparcen fuera de sus viviendas, enciérranlos en saquitos y colgándolos cerca del fuego los ahuman como si fueran chorizos. Los comen extendiéndolos sobre trozos de casabe y constituyen para ellos uno de los más ricos manjares.

Hay otra clase de hormiga tan grande como el bachaco; pero, de color negro. La llaman *hormiga de leña*, porque frecuentemente habita en los troncos de los árboles podridos. Existe otra amarillenta y de cabeza negra, que vive del mismo modo y multitud de especies más pequeñas, muchas de las cuales son muy bravas, cuyas picaduras dolorosas suelen producir fiebre; tales como la *pica-y-huye* y otras llamadas cazadoras que se quedan adheridas cuando muerden y al arrancarlas extraen un pedazo de cutis. Hay otra que se mantiene en los cujies: al tocar las ramas de estos árboles, caen a millares sobre quien los mueve.



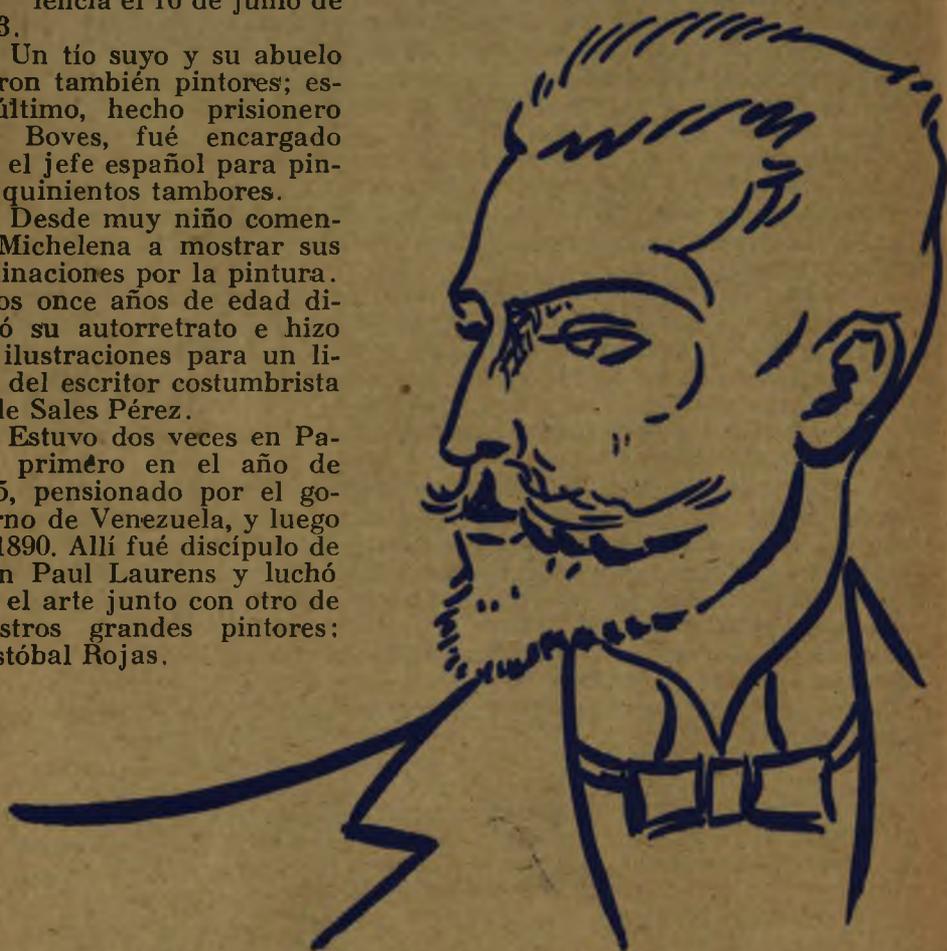
ARTURO MICHELENA

Este gran pintor venezolano nació en Valencia el 16 de junio de 1863.

Un tío suyo y su abuelo fueron también pintores; este último, hecho prisionero por Boves, fué encargado por el jefe español para pintar quinientos tambores.

Desde muy niño comenzó Michelena a mostrar sus inclinaciones por la pintura. A los once años de edad dibujó su autorretrato e hizo las ilustraciones para un libro del escritor costumbrista F. de Sales Pérez.

Estuvo dos veces en París; primero en el año de 1885, pensionado por el gobierno de Venezuela, y luego en 1890. Allí fué discípulo de Jean Paul Laurens y luchó por el arte junto con otro de nuestros grandes pintores: Cristóbal Rojas.



En París ganó segunda medalla con su cuadro "El Niño Enfermo" y su obra "Pentesilea" fué considerada *fuera de concurso* y colocada a la derecha de las de su maestro en el Salón de Honor.

Michelena parecía tener predilección por la infancia y son muchos las pinturas y dibujos de niños debidos a él.

Entre sus cuadros patrióticos son notables "Las Queseras del Medio", "Miranda en la Carraca", un retrato ecuestre del Libertador y otros muchos.

Produjo diversas obras de carácter religioso, como su famosa "Multiplicación de los panes" y "La última cena", que dejó inconclusa.

Son también muy conocidos sus cuadros "Carlota Corday", "La Caridad", "La joven madre".

Si es verdad que en París ganó la gloria y honores, también allí su salud comenzó a debilitarse por la tremenda enfermedad que empezó a minar sus pulmones.

Ya en su patria, en los últimos años de su vida, soñaba con visitar a Italia y conocer los museos y los tesoros artísticos que estos encierran; pero los deseos del maestro jamás fueron satisfechos.

Dejó una serie de bocetos, cartones y estudios para su cuadro, que no pudo realizar, sobre la glorificación de Bolívar. Allí, los generales forman una imponente y armónica pirámide en cuya cúspide se destaca, gloriosa, la figura del Libertador. Lástima que esta obra no hubiera sido concluida; por su genial concepción estaba destinada a ser una de las más admirables del artista.

A los treinta y dos años de edad murió Michelena, el día 29 de julio de 1895.



T I G R E E

Kunoi era un indio muy corpulento y bondadoso. Un día que había llovido mucho, bajaba de su conuco, en lo alto de la montaña y se encontró con un tigre que parecía muerto. Durante la lluvia, el vendaval había derribado un gran árbol, el cual, con su grueso tronco alcanzó el cuerpo de la fiera, dejándolo prisionero y casi aplastado contra el suelo.

Kunoi tuvo lástima del tigre y habiéndolo tocado y encontrándolo aún caliente, creyó que pudiera todavía tener vida.

Con gran facilidad, como quien levanta una ramita, Kunoi alzó en vilo el pesado tronco del árbol y libertó a la fiera; pero ésta seguía aún inmóvil. Entonces Kunoi pensó en llevarla a su casa para curarla. Se descolgó de la espalda el saco de fibra que llevaba y metiendo en él al tigre, se lo echó al hombro como si nada pasara.

Anduvo un trecho largo con su carga y después de atravesar un río, sintió como si él saco se moviera. Puso el saco en el suelo y observó. El tigre comenzaba a revivir y de vez en cuando, abría los ojos.

El indio sacó fuera el animal preparando un medicamento con el zumo de hojas buenas que él conocía, le frotó todo el cuerpo, desde la cabeza hasta la cola.

Bien pronto el tigre se puso en pie y comenzó a agitar su hermosa cola. Abrió sus grandes ojos verdes y los fijó en Kunoi.

El indio lo miraba contento. Había logrado salvarle la vida.

El tigre no apartaba de él la vista. Sus pupilas comenzaban a tener destellos inquietantes.

Kunoi habló al animal:

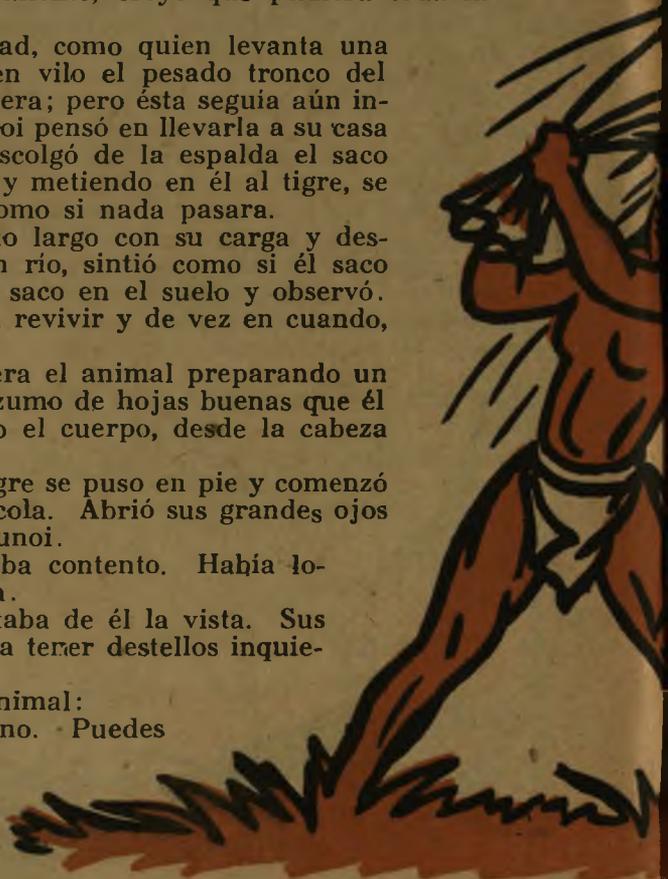
—Ya estás sano. Puedes marcharte a tu madriguera.

—No, Kunoi; me has salvado la vida y ahora tendrás que alimentarme. Tengo hambre.

El indio sonrió ante la franqueza y el espíritu simple de la bestia.

—Bueno, —respondió— vendrás conmigo a casa y allí comerás cuanto quieras. Mi mujer te dará carne fresca de váquira y de danta.

El tigre hizo un gesto de contrariedad.



S T I G R E

—Pero, es que estoy harto del sabor de la carne de esos animales. Quiero devorarte a tí, Kunoi.

El indio se quedó sorprendido. No podía creer a la fiera capaz de tanta ingratitud.

—¿Y pretendes hacer eso conmigo? Habiéndote yo librado de la muerte.

—¿Por qué no? Estoy hambriento y te tengo a mi alcance.

Kunoi no llevaba armas consigo y se dió cuenta de que por la fuerza no lograría nada; resolvió apelar a la astucia.

—No está bien lo que intentas hacer — dijo.

—Eso te parece a tí; pero, en mi caso, cualquier otro animal haría lo que yo.

—Quizá; pero, sería bueno probarlo.

El tigre mostró sus blancos colmillos, riéndose de la ingenuidad del hombre:

—No existe ninguna duda. Estoy seguro.

—Ya que es así, no perderíamos nada si buscáramos tres jueces que te den la razón.

—Convenido.

—Pero; hasta que el tercero de ellos no haya apoyado tu parecer no podrás devorarme.

—Sea.

Y hombre y bestia se pusieron en marcha por entre la selva.

A la orilla de un río, tras un montículo de tierra roja, vieron agitarse un gran penacho de cerdas. Era la cola de un oso hormiguero, el cual estaba afanado en meter su hocico por un agujero del suelo.

—¿Quieres servirnos de juez, amigo hormiguero? le preguntaron.

No sin algún disgusto, el oso cesó en su labor de alimentarse. Pensó en salir de los importunos; pero, halagado por la vanidad, no quiso perder la ocasión de llegar a ser juez.

—Ahora estoy muy ocupado —refunfuñó dándose importancia—. Sin embargo, voy a complacerlos: Expongan sus razones; pero que sea pronto.



El tigre y el indio hablaron, cada uno a su turno, y cuando el oso hormiguero se enteró de lo ocurrido, miró de mala manera al hombre y le dijo a la fiera.

—Has hecho mal en no haber devorado a este maldito cuanto antes. El hombre es la peor especie que puede haber; nosotros los osos hormigueros libramos a sus sembrados de las hormigas y bachacos que los destruyen y ellos, en pago, nos matan con sus flechas envenenadas.

—El tigre sonrió mirando al indio:

—¿Ves como yo tengo razón? Acabemos de una vez.

—Aún nos faltan dos jueces. —Contestó Kunoi— y viendo la mala intención de su enemigo, se apresuró a iniciar la marcha.

El oso hormiguero reanudó su cacería de hormigas y los dos litigantes se alejaron montaña adentro, el tigre tras el hombre.

Anduvieron muchas leguas sin encontrar ningún otro animal. Cansados, al fin, se echaron a descansar bajo una palmera.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo el tigre— lo mejor es que te dejes devorar de una vez.

—Trato es trato —respondió el indio—. Tenemos que encontrar los otros dos jueces y esperar que ellos decidan.

En lo alto, entre el follaje de los árboles se oyó una carcajada y hombre y fiera miraron hacia arriba sorprendidos.

—Yo quiero ser uno de esos jueces —gritó una vocecita destemplada y silbante—, y de una vez sentenció que el tigre se coma al hombre. El y los de su casta, son de lo peor que existe: Nosotros los proveemos de alimento, de bebida, de fibra para sus chinchorros y cestos, y de muchas cosas más y ellos, sin embargo, nos derriban, nos cortan en trozos y nos echan al fuego.

Kunoi se puso de pie, enojado.

—¿Y tú, quién eres, que me acusas de esa manera?

—Soy la palma, a cuya sombra te amparas de los rayos del sol.

El indio, avergonzado, se alejó de la palmera y seguido del tigre, continuó su camino en busca del tercer juez.

Atardecía ya, cuando, en un recodo, vieron un zorro sentado. El animal quizo huir, pero Kunoi lo detuvo.

—No se marche, amigo. Queremos que nos haga un favor.

El zorro se paró; pero, advirtió a los viajeros que no se acercaran demasiado.

Ellos le expusieron lo que deseaban y consintió en hacer de juez.

Cuando el hombre y la fiera hubieron relatado, cada cual, el asunto a su manera, el zorro movió la cabeza insatisfecho.

—No; así no pueden hacerse las cosas —dijo—. Para poder juzgar, yo tengo que ver como ocurrieron los hechos.

El tigre comenzó a hablar precipitadamente, explicándose de nuevo.

El zorro alzó una pata, deteniéndole.

—No cuñado. Vamos por partes; primero el hombre. A ver, Kunoi: ¿Cómo sacó usted al tigre debajo del árbol que le oprimía? Y usted, amigo tigre, tenga la bondad de tenderse en el suelo para que él pueda demostrarlo.

(Pasa a la Pág. 16)

LOS NIÑOS COLABORAN
EL TORO FANFARRON



Cierto día por un camino marchaba un toro. Bramaba soberbio e iba en busca del hombre, de cuyo valor había tenido noticias.

Llegando a la cumbre de una loma, vió venir a lo lejos a un jinete sobre un caballo que galopaba veloz.

Toro y jinete se encontraron.

—¿Señor, es usted, por casualidad el hombre? —preguntó el toro, sin saber con quién trataba.

—Soy el mismo que usted busca, —respondió el jinete, sonriendo.

El toro se irguió amenazante:

—Siendo así, tendrá usted que desmontarse para que nos entendamos.

El hombre bajó del caballo y lo ató a un árbol, a la orilla del camino; luego echó mano de un capote que llevaba y comenzó a dar pases y lances al cuadrúpedo astado. Por último, ya cansada la bestia, el hombre la tomó de la cola y de un tirón... ¡Cataplún! El toro rodó por tierra y el jinete volvió a cabalgar alejándose. Extenuado el toro, se levantaba y volvía a caer mientras pensaba:

—“El hombre es valiente y guapo; pero, mañoso, mañoso!”

OSCAR ALI ARAQUE

Estado Mérida.

Escuela Federal N° 454.—San Juan,

EN BUSCA DE CASA



PERSONAJES:

Patrona.

Cliente.

Acotaciones: Aparece en escena la patrona barriendo y limpiando los muebles. El cliente irá ridículamente vestido.

Cliente.—Buenas tardes.

Patrona.—¿Qué desea?

Cliente.—¿Vive aquí el propietario de esa casa que se alquila dos cuadras más arriba?

Patrona.—Yo soy.

Cliente.—Ah, tanto gusto. Pues venía a ver las condiciones.

Patrona.—Usted ¿ha visto la casa?

Cliente.—Sí, señora.

Patrona.—Son cuatro piezas, cuarto de baño, cocina, cuarto para servicio, pisos de mosaico, puertas de...

Cliente.—Sí, ya la he visto.

Patrona.—Puertas de cedro, pintura al óleo.

Cliente.—Sí, sí, ya me he fijado.

Patrona.—La situación es inmejorable: a una cuadra del autobús.

Cliente.—Sí, señora, sí. Quiero saber las condiciones.

Patrona.—¿Es para usted?

Cliente.—Sí, señora.

Patrona.—¿Es usted inglés?

Cliente.—No, señora; cumanés.

Patrona.—Pues, parece americano.

Cliente.—Es que mi abuelita era turca. (Impaciente). Pero tenga la bondad de decirme las condiciones.

Patrona.—Las condiciones... ¡Ah! Debo empezar por advertirle que no debe realquilar piezas.

Cliente.—No, señora; no lo haré.

Patrona.—¿Es usted casado?

Cliente.—Sí, señora.

Patrona.—Se lo pregunto porque en mi casa quiero gente decente y correcta.

Cliente.—Nosotros lo somos. Además, yo me lavo la cara todas las mañanas.

Patrona.—Es bueno saberlo. ¡Hay gente tan puerca!...

Cliente.—Sí, señora; es verdad.

Patrona.—¿Tiene animales?

Cliente.—Muy pocos: un gato, un loro, dos canarios, algunas pulgas y... mi suegra.

Patrona.—¿Es usted empleado?

Cliente.—No, señora.

Patrona.—¿Vive de sus rentas?

Cliente.—No, señora; de milagro.

Patrona.—¿De dónde es su esposa? ¿Es venezolana?

Cliente.—(Ya molesto). Sí, señora; y es rubia, coja, tuerta y pecosa.

Patrona.—¡Por Dios! ¿Y cómo se le ocurrió a usted casarse con una mujer así?

Cliente.—¡Qué quiere! Cosas de la vida. Pero le aseguro que si eso la contraría estoy dispuesto a divorciarme.

Patrona.—No; si a mí no me importa nada.

Cliente.—Tanto mejor. ¡Las condiciones... señora!

Patrona.—Dígame una cosa.

Cliente.—Hable.

Patrona.—Supongo que no tendrán ustedes la costumbre de anotar la cuenta del panadero en la pared del zaguán.

Cliente.—No, señora; nosotros perdimos esa costumbre y la de comer pan también.

Patrona.—El alquiler...

Cliente.—(Ansioso). ¡Diga usted, señora, diga!

Patrona.—El alquiler es una cosa sagrada y todo jefe de familia debe pensar en él antes que en su propia alimentación y la de los suyos.

Cliente.—Sí, ya lo sé. ¡Pero... las condiciones, por favor!

Patrona.—Otra cosa. ¿Usted fuma?

Cliente.—Sí, señora, ¿quiere un cigarrillo?

Patrona.—Gracias. ¿Se muda usted con frecuencia?

Cliente.—De camisa, cada domingo.

Patrona.—No. Quiero decir si se muda con frecuencia de casa.

Cliente.—Cuando nos suben los alquileres o cuando nos echan.

Patrona.—Pues yo, si el inquilino cumple, ni lo echo ni le aumento el alquiler.

Cliente.—Hace bien... ¡Las condiciones... Tengo mucha prisa!

Patrona.—Pues por mí no se detenga.

Cliente.—Entonces, hágame el servicio de decirme de una vez las condiciones.

Patrona.—Vea: tendrá que volver después.

Cliente.—¿Cómo? ¿No es usted la propietaria?

Patrona.—Sí; pero es que antes de usted ha venido otro interesado y ya le he cedido la casa.

Cliente.—Y para eso me ha hecho estar aquí una hora?

Patrona.—¡Qué quiere usted! Uno tiene derecho a saber quienes son los que pueden vivir en su casa.

Cliente.—¡Ah...! (Abre los brazos y cae desmayado en el suelo).

(TELON)



BAROMETRO QUIMICO

Existe un sin número de métodos para predecir cuándo se acerca la lluvia, desde luego que no obedecen a ninguna regla fija, valiéndonos solamente de ciertos caracteres visibles en nuestros animales domésticos, que tienden a realizar determinados actos cuando se acerca la lluvia.

Por ejemplo, cuando el ganado vacuno olfatea el aire y se reúne en una esquina del potrero dirigiendo las cabezas contra el viento, tenemos que se aproxima la lluvia.

Los perros se acercan al fuego y parecen soñolientos; los gatos se lavan la cara, los gallos cantan a deshora, los sapos salen de sus madrigueras y las ranas cantan, las abejas abandonan sus colmenas; todos éstos y muchos más son los signos inequívocos de que la lluvia se acerca.

Para la construcción del barómetro que voy a señalar, solamente es necesario proveerse de un plato hondo, de un poco de alumbre finamente pulverizado y de alcohol.

Depositemos en el centro del plato el alumbre, poco a poco iremos agregando alcohol hasta cubrir por completo el alumbre. Cuando la atmósfera está despejada, el alcohol se mantendrá claro y transparente; si se aproxima la lluvia o mal tiempo, el alumbre se elevará hacia el centro del líquido en forma de nube.



T I G R E E S T I G R E

(Viene de la Pág. 10)

La fiera obedeció y el indio fué reconstruyendo lo acontecido, mientras hablaba, hasta que hubo metido al tigre dentro del saco de fibras.

El zorro ordenó entonces al hombre:

—Ahora sujeta fuerte la boca del saco y dime: ¿Cómo no se te ocurrió, en aquel momento, aplastar contra el suelo a un animal tan mal agradecido?

—De veras, no me pasó por la mente.

—¿Y por qué no aprovechas ahora?

Kunoi no se hizo decir más y elevando el saco, con el tigre dentro, por los aires, lo dejó caer contra el suelo, empleando para ello todas sus fuerzas.

Habiéndole librado del peligro, el zorro habló al hombre:

—Todo esto lo he hecho porque he visto que tienes en tu casa unas gallinas muy hermosas; creo que me permitirás que me lleve una de ellas.

Desde entonces, cada vez que la luna llena brilla la primera noche en el cielo, Kunoi deja que el zorro entre a su casa y se lleve la gallina que más le guste.

Esta es una de las muchas causas por las que, las gentes que no conocen esta historia, dicen que Kunoi tiene muy buen corazón.

LAS LAGUNAS DE SANTO DOMINGO

(Viene de la Pág. 3)

moso que desciende casi verticalmente de las nieves eternas que coronan los picos. La vegetación cambia súbitamente. Protegida aquí de los vientos helados que bajan de las cumbres y favorecida por la humedad, se desarrolla frondosamente. En vez de las tierras áridas cubiertas de frailejones, nos encontramos de repente en un bosquecillo primoroso que rodea la laguna cuyas aguas, que de lejos parecen tinta, de cerca resultan color de esmeralda. Profundas, límpidas y heladas reflejan en su superficie, como un espejo verde y terso, las laderas agrestes de la montaña, la vegetación exuberante de sus orillas, y las cumbres nevadas que la alimentan. Entre sus árboles el *Polylepsis sericea* o coloradito, yergue sus ramas rojizas en actitudes dolorosas y contorsiones violentas. Flores de todos los colores adornan sus orillas, musgos y líquenes rojos, amarillos, negros, blancos y grises, de formas caprichosas, que simulan encajes, tapizan las grandes rocas siempre húmedas de las laderas, y los arbustos aromáticos de su flora alpina perfuman el ambiente.

En ninguna parte de Venezuela, en muy pocas en el mundo, existe un paraje que pueda compararse al conjunto que ofrece el macizo de la Sierra de Santo Domingo y sus lagunas.



FLORA VENEZOLANA

E L M A R I A

(PETREA ARBOREA)

Arbol de la familia de las verbenáceas, siempre recto y de madera excelente para arboladuras de barcos. No tiene más ramas que las de su copa esférica, la cual luce hermosa en extremo cuando se viste de sus flores rosadas. Produce semillas provistas de aletillas a manera de hélices, las cuales van girando con la ayuda del viento, yendo a parar a largas distancias.

Una hormiga roja y delgada, cuya mordedura es muy dolorosa y urticante, vive corrientemente entre las escabrosidades de la corteza de este árbol.



FAUNA VENEZOLANA

EL CACHALOTE

Este cetáceo, llamado también fiseter, es tan gigantesco como la ballena, llegando a medir hasta veinte metros de largo y más de diez de circunferencia. Su cabeza ocupa la cuarta parte de la longitud total del cuerpo. Es de natural feroz y muy temible; sin embargo, es objeto de la persecución del hombre, porque su grasa esperma y el ámbar que produce son demasiado valiosos para que aquel no arrostre los peligros que hay en su pesca. Habita nuestros mares y a veces se le ve en bandadas numerosas. Es corriente encontrarles varados en las costas del Caribe.